

**PALABRAS DE PRESENTACIÓN DEL COMUNICÓLOGO PARAGUAYO
JUAN DIAZ BORDENAVE POR LUIS RAMIRO BELTRAN EN LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA EN LA PAZ
EN OCTUBRE 19, DE 2005**

Distinguidas autoridades de la Universidad Católica Boliviana,
Colegas y amigos,
Damas y Caballeros:

Felicito y agradezco a la Universidad Católica Boliviana por haber invitado al ilustre profesional paraguayo Juan Díaz Bordenave a disertar bajo el alero de esta cátedra que, por enaltecida deferencia que me hace esta institución, lleva mi nombre. Lo hago no sólo por lo que significa para esta actividad el aporte a la reflexión por tan eminente figura de la comunicología latinoamericana, sino también porque hay entre él y yo una fraterna amistad de algo más de medio siglo.

Para comenzar, nos iniciamos al mismo tiempo, 1953, en el ejercicio intuitivo de lo que sólo muchos años después iba a conocerse como la comunicación para el desarrollo. Él en Paraguay y yo en Bolivia estuvimos entre los primeros practicantes de esa disciplina sin basamento de teoría ni ventaja de experiencia. En aquel año éramos jóvenes funcionarios de flamantes servicios cooperativos auspiciados en nuestros países por el gobierno de Estados Unidos de América. Ellos promovían la estrategia de extensión agrícola que tenía un importante componente de información para aprender el empleo del cual nos contrataron.

A principios de 1954 nos conocimos en Washington D.C. al formar parte de un grupo de latinoamericanos, asiáticos y africanos becados para ampliar y perfeccionar sus conocimientos sobre información agrícola, educación para la salud y educación audiovisual, las tres disciplinas promovidas entonces por el programa internacional de asistencia al desarrollo llamado el del "Punto Cuarto". Tomamos allá juntos conferencias introductorias y luego nos repartimos – en función de preferencias por especialidades – por distintas universidades de Estados Unidos de América, las que eran centros de excelencia en uno u otro de esos campos. Estuvimos en ello algunos meses en los que, reencontrándonos a menudo, tuvimos ocasión de sellar nuestra amistad.

El Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA) de la OEA estableció en 1955 un servicio de comunicación para el desarrollo rural en su sede de Turrialba, Costa Rica. En septiembre de ese año fui contratado para formar parte del equipo a cargo del programa de dicho órgano. Y en 1956 Juan también lo fue. Trabajaríamos, pues, juntos por toda nuestra América por cerca de una década, primero desde Costa Rica y luego desde Perú. Nuestra responsabilidad principal era la formación de decenas de especialistas en comunicación rural y la capacitación básica de centenares de extensionistas agrícolas de Ministerios de Agricultura y de profesores de Facultades de

Agronomía. Estuvimos entusiastamente dedicados a ello por alrededor de una década. Y, aproximadamente a mediados de los años del 60, ambos partimos hacia Estados Unidos de América para emprender estudios de postgrado en comunicación. El lo hizo en la Universidad de Wisconsin y en la Universidad del Estado de Michigan y yo sólo en ésta última, de la que obtuvimos el doctorado. Pese a que yo dejé el IICA en 1973 en Colombia y él fue situado por éste en Brasil, país de su esposa, hemos permanecido siempre en contacto desde entonces.

Justamente a principios de la década del 70 Juan y yo compartimos anhelos y esfuerzos en torno a la revisión crítica de nuestra disciplina en relación con las duras realidades de nuestros países tan distintas de las de los países desarrollados. Cuestionamos la naturaleza del desarrollo vigente por haber llegado a considerarlo útil solamente para la preservación del orden establecido en injusto favorecimiento de prósperas minorías dominantes. Denunciamos que la comunicación masiva comercial obraba en modo instrumental a ese status quo perjudicial para las grandes y depauperadas mayorías y comenzamos a proponer el cambio del modelo de desarrollo implantado por la dependencia externa, la democratización de esa comunicación y la reconsideración de las premisas, los objetos y los métodos foráneos vigentes en las actividades de investigación sobre comunicación en nuestra región. Asumimos, pues, compromiso con la utopía de un profundo cambio social.

Las aptitudes y los méritos de Juan son tantos y su trayectoria profesional es tan variada y extensa que no hay manera de resumirla apropiadamente en unos minutos. Y hasta escoger para destacar por lo menos los aspectos principales de ella no resulta tarea fácil debido a la riqueza y complejidad de su admirable ejecutoria. Por eso, sin pretensión de exhaustividad ni certeza de acierto, me permitiré hacer casi al azar sólo unos cuantos señalamientos sobre lo que hallo maspreciado y trascendental en su personalidad y en su desempeño.

Para comenzar, Juan Díaz Bordenave es un maestro nato y ejemplar que, lejos de imponer criterios o dictar recetas, estimula con arte, sencillez y paciencia la generación propia de ideas por libre y creativa reflexión de quienes más que limitarse a ser sus alumnos devienen prontamente sus amigos. Es alguien que en verdad sabe enseñar a pescar en vez de dar pescados. Y lo hace con aprecio del talento ajeno y con respeto por las creencias y posiciones opuestas a las suyas. Probablemente es por ser él así que uno de los rubros mayores de su actividad profesional fue y sigue siendo el del análisis de la relación entre la comunicación y la educación, tema de su exposición de hoy aquí, en función de principios y técnicas instrumentales a la formación de seres humanos dignos, libres y solidarios.

Como cristiano auténtico, como católico de prédica y de práctica, Juan Díaz es un hombre recto y justo. La honestidad caracteriza siempre su conducta en todo. Y la incapacidad de tolerar la injusticia lo llevó a abrazar la causa de los empobrecidos por el olvido y la explotación y humillados, cuando no martirizados, por el autoritarismo, que son la mayoría de los latinoamericanos. Y fue por eso que abogó por un desarrollo justiciero y humanista y por una comunicación democrática. Admirador de las propuestas transformadoras de la educación hechas por el visionario pedagogo Paulo Freire, Juan

estuvo a cabeza de los años del 70 entre los precursores de la reflexión para forjar una comunicación liberacionista y participatoria que en verdad pudiera tornarse democrática. Y al paso de los años ha seguido haciendo muchos aportes sustantivos al robustecimiento de esa línea de pensamiento para la acción reformadora de la sociedad latinoamericana.

También es evidente que Juan es muy creativo y laborioso. Una veintena de libros y centenares de artículos de su autoría, publicados sobre diversos temas en varios países y en distintos idiomas, dan constancia de su extraordinaria productividad. Muchos de esos valiosos escritos son textos de suyo obligatorios en no pocos centros de enseñanza de la región.

En cambio, porque es un hombre pacífico puede no ser tan evidente que es al mismo tiempo un hombre valeroso que lucha por sus ideales sin ambages y con denuedo. Lo muestra así, por ejemplo, el ejercicio de su ocupación principal en su país en la actualidad. Es miembro de la Comisión de Verdad y Justicia del Paraguay que investiga las atrocidades cometidas en violación de los derechos humanos por la dictadura de Stroessner a fin de asegurar justa sanción a los perpetradores de esos hechos y justa reparación para sus víctimas. Esta labor es delicada porque hay gente y hay prensa que mira con desdén, recelo y animosidad a dicha comisión porque viene develando con coraje lo sucedido.

Docente, investigador, escritor y asesor, Juan Díaz ha cumplido con brillo medio siglo de fértil labor al servicio de gobiernos, agrupaciones sociales, empresas privadas y numerosos organismos internacionales como la USAID, la FAO, el UNICEF, la UNESCO, el UNFPA, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, la Academia Internacional para la Educación, el CIESPAL y la Radio Netherland Internacional. Eso no sólo en la región sino en países asiáticos como India y africanos como Mozambique. Y lo ha hecho, más allá del área del desarrollo rural, también en las de la comunicación para la educación, la salud y la protección ambiental, por mencionar sólo las principales del caso.

Bolivia ha disfrutado del beneficio de contar en varias ocasiones con la grata presencia y los valiosos servicios de Juan Díaz Bordenave. Por ejemplo: enseñanza en un seminario sobre comunicación participativa patrocinado por la Asociación Boliviana de Investigadores de la Comunicación en 1984; enseñanza de un curso de principios y técnicas de comunicación y educación populares auspiciado por ERBOL en 1986; conducción de un seminario-taller de comunicación preventiva del uso indebido de drogas patrocinado por Development Associates en 1992; y asesoramiento en ese mismo año para el diseño de la estrategia de comunicación para el tramo inicial del Programa de la Reforma Educativa apoyado por el Banco Mundial.

Sumamente modesto como por naturaleza es, Juan Díaz Bordenave se considera a sí mismo ante todo un divulgador en Latinoamérica de ideas sobre comunicación provenientes de varios puntos del globo. Y es cierto que hace con tino y esmero esa útil labor de difusión, pero no lo hace pasiva ni estérilmente. Lo hace con capacidad crítica, con aptitud analítica, con pericia articularia y con proyección imaginativa tales que sus lecturas germinan en nuevas ideas propias. Por eso, aunque su humildad no le permita considerarse principalmente un teórico, lo es y está en el estrato superior de los mejores.

Su creativo pensamiento sobre la educación no manipuladora y sobre la comunicación alternativa para el desarrollo realmente democrático gana acogida, ejerce influencia y resulta universalmente útil.

Me complace, pues, muchísimo tener el privilegio de presentar hoy ante ustedes a este adalid de la palabra, capitán de sueños y abanderado de la lucha latinoamericana por una sociedad avanzada y próspera, pero forjada en libertad y con equidad.

=====